



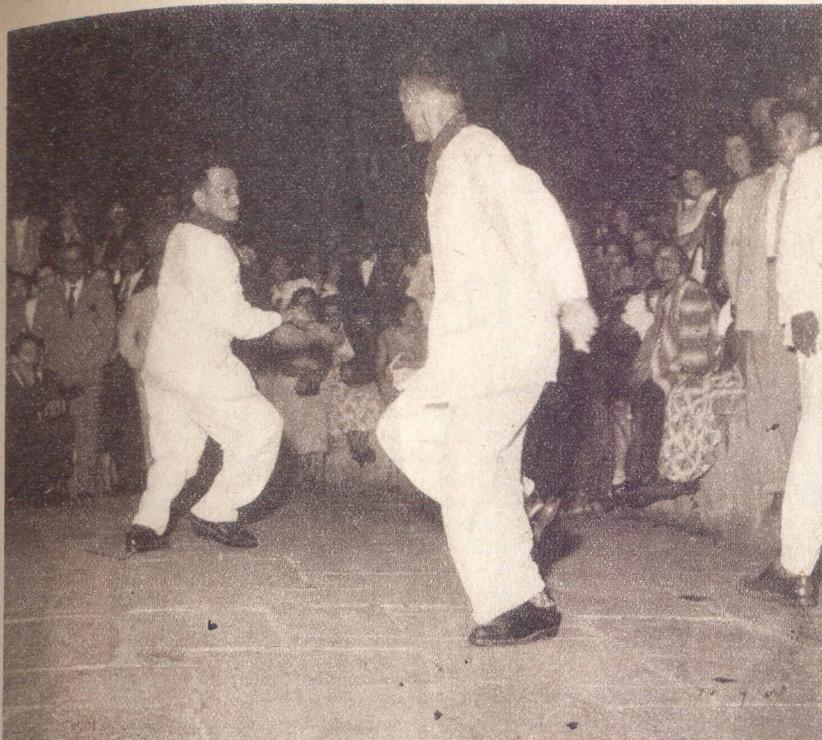


"A la bella, a la bella angoá"... El primer son del Tamunangue es camino de emociones.

# EL TAMUNANGUE

Típica expresión de nuestro folklore

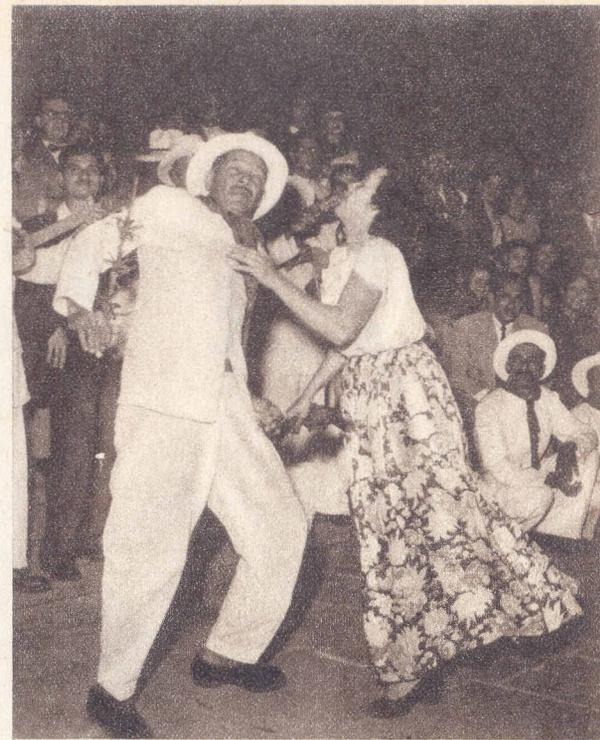
◀ Va a comenzar la Batalla. Ante la hierática actitud del tamborero, los contrincantes crean los garrotes.



Uno tras otro, los giros son prelude del ataque que se adivina inminente.



El gesto fiero y la mano presta a detener el machetazo homicida...



Comicidad y tragedia... Comienzan "los calambres"...

## Por OMAR VERA LOPEZ

**A**NCESTRO negro en el retumbar del tambor. Hieráticos, solemnes, dos hombres se adelantan hacia el grupo de "payadores" y tocadores donde se enreda la voz saltarina del cuatro con el chismoso gisear de las maracas. En las manos, duras manos campesinas, la amenaza latente de un garrote, nuestro garrote "encabuyao". Y el tambor puntea sordamente la escena mientras los hombres cruzan los garrotes frente al grupo que canta: "Mucho cuidado, muchachos, no se vayan a pegar...". Ya se han separado y comienzan a girar cautelosamente, estudiando al contrario. El garrote nerviosamente agitado parece sentir la pelea. Y de improviso, al acorde ininterrumpido de la música los hombres se trenzan en una pelea feroz, sin cuartel, no por ensayada menos espectacular. Con la izquierda, con la derecha, con ambas manos. Aquí, allá, en todos los sitios silba el garrote su canción de bárbaro coraje. Y los esguinces y los quiebros del cuerpo forman el camino, húmedo de sudor, por donde van ascendiendo las voces de los "payadores" para formar un oscuro telón de fondo a los gladiadores

hojas de los machetes en las manos de los hombres. El tambor se ha hecho insinuante en su ronco zumbido, mientras los peleadores van girando sin darse la espalda, estudiándose. Es una repetición de los pasos de la Batalla a Garrote, acentuados con el lívido brillar de los machetes. De pronto una telaraña de mandobles se trenza sobre la cabeza de ambos luchadores, silba el acero para caer con matemática precisión sobre el sitio donde minutos antes estaba un ser humano. Y chocan los aceros con un ruido siniestro que sirve de eco al tambor que golpea incesante. Y el coro como viniendo de muy lejos, repite las palabras tradicionales... "Angoá, ay, Tomé". El resbalar de los pies sobre el suelo va punteado con los brincoes repentinos y el gesto agresivo de los rostros, hasta que con un esguince final, el tambor señala con un golpe bronco y autoritario que ha terminado la Batalla.

Y regresamos al ritmo rápido y alegre... "¡Así, ay, juruminga! ¡Así! ¡Ay, mi padre San Antonio!". La pareja baila y baila sin cansarse, hasta que una nueva toma de vara simbólica y silenciosa

(tres) a bailar el Seis Corrió. Trenzado y destrenzándose. Formando un colorido nudo con los pañuelos azules recortados contra el blanco liquilique y las faldas de zaraza, las parejas de cantantes van enhebrando décimas, mientras el "capitán" dirige las evoluciones.

El final no puede ser más dramático. Se repite la Batalla, pero esta vez con cuchillo. Y la tragedia sube de punto. Es algo que enfría la sangre en las venas enfrentarse a la aguda punta de un cuchillo. Son sinónimas las dos palabras: sangre y cuchillo. Una y otra vez, las brillantes parábolas de las cuchilladas son detenidas por la mano izquierda, mientras la derecha inicia la acometida de respuesta. Las respiraciones son sibilantes, el gesto fiero. De pronto, un paso mal medido y la punta, agresiva y sedienta, del cuchillo va a clavarse en el brazo de uno de los contrincantes. Sigue el baile, pero en los rostros de todos hay una ansiedad manifiesta. Es el toque de emoción que pone en todos los rostros una mirada fija que va siguiendo las revoluciones de los bailarines. Un golpe seco y salta uno de los cuchillos mientras el hom-



Hele aquí, corriendo, mientras...

Uno tras otro, los giros son preludio del ataque que se adivina inminente.

El gesto fiero y la mano presta a detener el machetazo homicida...

Comicidad y tragedia... Comienzan "los calambres"...

## Por OMAR VERA LOPEZ

**A**NCESTRO negro en el retumbar del tambor. Hieráticos, solemnes, dos hombres se adelantan hacia el grupo de "payadores" y tocadores donde se enreda la voz saltarina del cuatro con el chismoso gisear de las maracas. En las manos, duras manos campesinas, la amenaza latente de un garrote, nuestro garrote "encabuyao". Y el tambor puntea sordamente la escena mientras los hombres cruzan los garrotes frente al grupo que canta: "Mucho cuidado, muchachos, no se vayan a pegar..." Ya se han separado y comienzan a girar cautelosamente, estudiando al contrario. El garrote nerviosamente agitado parece presentir la pelea. Y de improviso, al acorde ininterrumpido de la música los hombres se trenzan en una pelea feroz, sin cuartel, no por ensayada menos espectacular. Con la izquierda, con la derecha, con ambas manos. Aquí, allá, en todos los sitios silba el garrote su canción de bárbaro coraje. Y los esguinces y los quiebro del cuerpo forman el camino, húmedo de sudor, por donde van ascendiendo las voces de los "payadores" para formar un oscuro telón de fondo a los gladiadores.

Ha finalizado la batalla, y el golpeo del tambor se hace más rápido. Cambia la letra mientras los hombres, abandonado el garrote, se acucillan a los lados del grupo que canta: "¡En el nombre de Dios comienzo, a pintar un angel bello. Ay bella, bella, la bella angoá!". Ahora es una pareja la que danza al ritmo del tambor. Con marcada suavidad, sin la encendida lascivia de otros bailes, van escenificando la eterna persecución del hombre y la mujer. Es "La Bella" el primero de los sonos del Tamunangue. Con una mano en la cintura y en la otra la simbólica vara, van trenzando los pasos de la danza con mística seriedad, mientras los cantadores van elevando al cielo su oración al santo (1): "Dónde está San Antonio, dónde está que no lo veo, a la bella, a la bella, a la bella angoá". Otra pareja que comienza a bailar substituyendo a la primera, inventando nuevos y complicados pasos dentro de la sencillez del baile.

El Yiyibamo o Chichivamo es un nuevo "son", donde las parejas van siguiendo las mismas reglas anteriores, mientras el coro ha cambiado ligeramente sus cantares. Ahora relucen las

hojas de los machetes en las manos de los hombres. El tambor se ha hecho insinuante en su ronco zumbido, mientras los peleadores van girando sin darse la espalda, estudiándose. Es una repetición de los pasos de la Batalla a Garrote, acentuados con el lívido brillar de los machetes. De pronto una telaraña de mandobles se trenza sobre la cabeza de ambos luchadores. Silba el acero para caer con matemática precisión sobre el sitio donde minutos antes estaba un ser humano. Y chocan los aceros con un ruido siniestro que sirve de eco al tambor que golpea incesante. Y el coro, como viniendo de muy lejos, repite las palabras tradicionales... "Angoá, ay, Tomé". El resbalar de los pies sobre el suelo va punteado con los brinco repentinos y el gesto agresivo de los rostros, hasta que con un esguince final, el tambor señala con un golpe bronco y autoritario que ha terminado la Batalla.

Y regresamos al ritmo rápido y alegre... "¡Así, ay, juruminga! ¡Así! ¡Ay, mi padre San Antonio!". La pareja baila y baila sin cansarse, hasta que una nueva toma la vara simbólica y sigue bailando sin parar.

Ha terminado La Juruminga y comienza La Perrendenga. "Muchachita buena moza, préstame tu relicario, pa ponémele en el pecho, pa que no me lleve el diablo". El tono del canto ha cambiado. Ahora se ha hecho más fino, más delicado. Las alusiones de tipo amoroso han reemplazado a las religiosas y el baile se hace más suave.

Otra pareja ha salido al centro de la sala. Bailan el Poco a Poco. El coro allá en el fondo va cantando... "Caballito, así poco a poco". Van girando los bailarines, muy cerca el uno del otro... "Arrímate negro, así poco a poco". La cara del hombre comienza a distorsionarse en gestos y muecas mientras la pareja trata de sujetarle por la espalda... "Son los calambres, así, poco a poco". De improviso, el hombre se estira, blanquea los ojos, se mueve espasmódicamente, siguiendo el compás del tambor, mientras su pareja va pasándole un pañuelo por la cara. Son Los Calambres, también llamado Poco a Poco, que da margen para escenas llenas de comicidad. Al fin van cediendo los movimientos convulsivos y el bailarín se entrega a su danza con mayor frenesí.

Por último, entran todas las parejas

(tres) a bailar el Seis Corrió. Trenzando y destrenzándose. Formando un colorido nudo con los pañuelos azules recortados contra el blanco liquilliqui y las faldas de zaraza, las parejas de cantantes van enhebrando décimas, mientras el "capitán" dirige las evoluciones.

El final no puede ser más dramático. Se repite la Batalla, pero esta vez con cuchillo. Y la tragedia sube de punto. Es algo que enfría la sangre en las venas enfrentarse a la aguda punta de un cuchillo. Son sinónimas las dos palabras: sangre y cuchillo. Una y otra vez, las brillantes parábolas de las cuchilladas son detenidas por la mano izquierda, mientras la derecha inicia la acometida de respuesta. Las respiraciones son sibilantes, el gesto fiero. De pronto, un paso mal medido y la punta, agresiva y sedienta, del cuchillo va a clavarse en el brazo de uno de los contrincantes. Sigue el baile, pero en los rostros de todos hay una ansiedad manifiesta. Es el toque de emoción que pone en todos los rostros una mirada fija que va siguiendo las revoluciones de los bailarines. Un golpe seco y salta uno de los cuchillos, mientras el hombre desarmado se agazapa en el suelo. Y la lucha continúa mientras el tambor golpea, golpea, y golpea sin cesar. Una, dos, tres cuchilladas que evita el contrario hasta que puede poner su pie encima del cuchillo. Con ambos contrincantes desarmados el tambor deja escapar su último estertor y finaliza el Tamunangue.

Ancestro negro del baile. Oscuro salvajismo en los relámpagos de los machetes. Eterna persecución del hombre y la mujer en las vueltas y revueltas del baile. Folklore nuestro que nunca muere. Un pedazo de Venezuela que vivimos en la Casa Lara, mientras el conjunto musical Iribarren bailaba el Tamunangue.

—1—

El Tamunangue se baila cumpliendo alguna promesa, de allí las invocaciones de tipo religioso.

Y por último, el escalofriante paso de la Batalla a puñal. Obsérvese el pañuelo que ata el brazo derecho de uno de los gladiadores. Allí le hirió el cuchillo durante el baile. Un imprevisto punto de realismo en el Tamunangue...



Helo aquí... semi-inconsciente, mientras su pareja le seca el sudor...

